

Pareció dulcificarse algo el capitán: aplaudió mi intención.

—Escuchad, señor Louët, me dijo: comprendo todo lo desagradable de la posición de un hombre que no es del oficio. Si, hay una probabilidad.

—¿Cuál, capitán? exclamé yo; si puedo servirlos en alguna cosa, disponed de mí.

—¿Veis aquella nube negra, allí al Suroeste?

—La veo como os estoy viendo.

—No nos promete más que un grano todavía.

—¿Un grano de qué, capitán?

—Un grano de viento: pedid á Dios que le cambie en tempestad.

—¿Cómo! ¿en tempestad, capitán! ¿No se naufraga en las tempestades?

—Sí, pero es lo mejor que puede sucedernos.

El capitán volvió á coger su pipa; pero yo vi con placer que se había apagado.

—¿Antonio! gritó el capitán: ¿Antonio! ¿pero dónde está esta maldita sardina?

—Aquí estoy, capitán, dijo el grumete sacando la cabeza por la escotilla.

—¿Ve á encender mi pipa! Porque ó me equivoco mucho ó va á comenzar el baile.

En aquel momento una nubecilla blanca apareció en los costados del navío más inmediato al nuestro; después se oyó un ruido sordo como cuando en el teatro se da un golpe sobre un bumbo. Vi saltar en mil pedazos lo alto de la pared del bergantín, y un artillero que estaba sentado sobre la cureña de su pieza para mirar, vino á caer sobre mi espalda.

—Vamos, pues, amigo, le dije, no es regular lo que haceis: y cómo no se separaba, le di un empujón y cayó al suelo. Entonces miré con más atención: el desgraciado no tenía cabeza.

Esta vista me atacó de tal modo los nervios, caballeros, que cinco minutos después, sin saber cómo, me hallaba en el fondo de la cala.

Yo no sé cuánto tiempo permaneci allí; únicamente oí una barahunda de instrumentos de cobre cual nunca los había oído en el teatro de Marsella: después á aquel estruendo infernal sucedió un acompañamiento de contrabajo, que creí que Dios tocaba la sinfonia del fin del mundo. No me hallaba bien, caballeros, debo decirlo.

Por último, al cabo de un tiempo indeterminado, sentí que se tranquilizaba el buque; permaneci todavía una buena hora escondido bajo cubierta. En fin, notando que había cesado todo movimiento, volví á coger la escala. Me encontré en el entrepuente. Este estaba muy tranquilo, fuera de algunos heridos que gemían: cobré valor y subí al puente. Señores, nos hallábamos en un puerto.

—¿Y bien! dijo el capitán Garnier dándo-

me un golpecito en la espalda, ya hemos llegado, señor Louët.

—En efecto, capitán, dije, me parece que estamos en lugar seguro.

—Gracias á la tempestad que yo había previsto, los ingleses han tenido que hacer tanto como nosotros para salvarse de ella. Así es que nos hemos pasado, como suele decirse, por entre las piernas.

—¿Oh! ¿oh! Como por entre las del coloso de Rodas... Sabeis, señores, que los buques, según dicen las historias, tenían la bajeza de pasar por entre las piernas de aquel coloso; de modo, continué yo, que estamos probablemente en las islas de Santa Margarita.

—¿Qué estais diciendo?

—Digo, repliqué yo enseñándole una isla que divisaba en el horizonte, que aquella probablemente es la isla de Santa Margarita donde fué encerrado el hombre de la máscara de hierro.

—¿Aquella? dijo el capitán.

—Sí, aquella.

—Es la isla de Elba.

—¿Cómo! dije ¿la isla de Elba? ó mis conocimientos de geografía se equivocan ó no creía que la isla de Elba está tan cerca de Tolon.

—¿Qué es lo que tomáis por Tolon?

—Esa ciudad ¿no es Tolon? y vos, capitán, al salir ¿no me dijisteis que marchábais para Tolon?

—Querido mío, ya sabeis el refrán: el hombre propone....

—Y Dios dispone, si señor, lo sé, es un refrán muy filosófico,

—Y sobre todo muy verdadero. Dios ha dispuesto.

—¿De qué?

—De nosotros.

—¿Pero dónde estamos nosotros, señor?

—Estamos en Piombino.

—¿En Piombino! exclamé ¿y vos me decís eso? pero si esto continua yo volveré á Marsella por las islas de Sandwich, donde fué muerto el capitán Cook.

—El hecho es que tomáis ese camino.

—Pero es que estoy muy lejos de mi patria.

—¿Y yo que soy de la Bretaña?

—¿Y cómo volver?

—¿A Bretaña?

—No, hombre, no, á Marsella.

—Querido mío, hay camino por mar en mi buque...

—Muchas gracias, he quedado satisfecho.

—Hay también camino por tierra en un velturino.

Así se llaman los coches de alquiler en Italia.

—Prefiero el camino por tierra.

—Pues bien, señor Louët, voy hacer desembarcaros en el puerto.

—Os lo agradeceré mucho.

El capitán Garnier mandó echar un bote.

Mi equipage se componía, como sabeis, tan solo de mi escopeta y de mi morral. Me despedí del capitán deseándole buen viage y me apresuré á bajar por la escala.

—Señor Louët, me dijo el capitán.

Me acerqué á él.

—¿Qué quereis? le pregunté.

—Querido mío, sabeis, me dijo con un aire embarazado, que entre compatriotas no se gastan cumplimientos.

—Sí, señor, lo sé.

—Pues bien, me entendeis.

—Sí, señor, os entiendo; pero no os comprendo; esto quiere decir...

Esto quiere decir.... repitió el capitán.

—Esto quiere decir.... repliqué yo por tercera vez.

—¿Pues bien, caramba!

—Esto quiere decir que si no teneis dinero mi bolsillo está á vuestra disposición: ya está dicho:

—¿Caballero!

Esta manera de ofrecerme sus servicios hizo que se agolpasen las lágrimas á mis ojos.

—Gracias, capitán, le dije alargándole la mano, pero soy rico.

—¿Caramba! es que un artista...

—Tengo cien escudos en este pañuelo, capitán.

—Bien, teneis cien escudos, con ese dinero se va al fin del mundo.

—No quiero ir tan lejos, capitán, y si puedo me detendré en Marsella.

—Pues bien, buen viage y no me olvidéis en vuestras oraciones.

—Aun cuando viviese cien años, capitán, los cien años me acordaré de vos.

—Adios, señor Louët.

—Adios, capitán Garnier.

Bajé á la lancha.

El capitán pasó de babor á estribor para seguirme con la vista.

—¿Al Húsar francés! me gritó: ¡al *Ussero-francese*; es la mejor posada!

Estas fueron las últimas palabras que me dijo, señores. Aun veo á aquel pobre capitán apoyado sobre la barandilla del buque fumando un cigarro, porque la pipa la guardaba para las grandes ocasiones. ¡Pobre capitán!

Louët se enjugó una lágrima.

—Y bien ¿qué le sucedió?

—Le sucedió que un mes después una bala de á treinta y seis le partió en dos pedazos.

Respetamos el dolor de Louët, y para animarle tanto en cuanto era posible, Méry le echó un tercer vaso de ponche.

—Señores, dijo, levantando el brazo á la altura del ojo, os propondría un brindis que me atrevo á decir no tiene nada de sedicioso. ¡A la memoria del capitán Garnier!

Bebimos, acompañando á Mr. Louët; y continuó su relación.

Yo iba todo derecho á la posada del Húsar

francés, y no tuve gran trabajo en encontrarla, señores, en atención á que la posada estaba en el puerto. Pedí una comida, porque tenía grande hambre. En efecto, debeis conocer que yo no comía más que cada veinte y cuatro horas.

Después de la comida quise ver un *vetturino* (carruaje de alquiler de camino). Era evidente que no debían saber en el teatro de Marsella lo que me había sucedido; y que seguramente tendrían mucho cuidado por mí; de modo que comprendereis que tenía urgencia por volver. Por mi cuenta hacia ya siete días que me había marchado. Durante estos siete días no había perdido el tiempo, es verdad; pero había hecho otra cosa de la que había intentado hacer. Llamé sucesivamente á tres de aquellos hombres, sin poder entenderme con ellos, visto que no hablaban mi idioma maternal. Por último, vino un cuarto que tenía la pretensión de hablar todos los idiomas, y que en realidad no hablaba ninguno. Sin embargo, gracias á su gerigonza, mezcla de francés, inglés é italiano, pudimos cambiar nuestros pensamientos: el suyo era que yo debía darle por mi parte treinta francos hasta Florencia, en Florencia me dijo que encontraría mil ocasiones para volver á Marsella.

Yo tenía muchas ganas de ver á Florencia, de modo que pasé por los treinta francos. Antes de separarse de mí me previno que dos de los viajeros, de los que uno era un compatriota mío, había exigido que tomase el camino de Grossetto á Siena, deseando pasar por la montaña. Le respondí que no tenía inconveniente ninguno en ir por la montaña; no así si fuese por mar. Me respondió entonces que todo el viage iríamos de espalda al mar, y esto me bastó.

Debíamos salir la noche misma para ir á Scarlino. A las dos el velturino se paró delante de la puerta de la posada. Los cuatro viajeros se hallaban ya en sus asientos, y el conductor venía á buscarme, así como á mi compatriota que vivía en el mismo hotel que yo. Listo estaba yo ya en la puerta, porque como sabeis mis preparativos de viage no eran largos de hacer: mi morral, mi escopeta; siempre el mismo equipage. Llamaron Mr. Ernesto: me causó placer oír un nombre francés.

Bijó Mr. Ernesto. Era un hermoso oficial de húsares de veinte y seis á veinte y ocho años, que tenía el mismo aire que la muestra de nuestra posada, pero más graduacion: metió un par de pistolas en las bolsas del carruaje, y tomó asiento á mi lado. No tardé mucho tiempo en echar de ver que el señor Ernesto tenía algún pesar. No le conocía bastante para preguntarle la causa, pero quise al menos distraerle con mi conversacion.

—¿Sois francés? le pregunté.

—Sí, señor, me respondí.

—¿Militar, tal vez?

Se encogió de hombros. La pregunta no

era indiscreta, porque iba vestido con su uniforme. Vi en aquella señal que no tenía gana de hablar, y me callé. Los otros viajeros hablaban italiano. Ya he tenido el honor de decirlos que no comprendía una jota de este idioma: no os admirará, pues, que yo no tomase parte en la conversacion.

Así llegamos sin pronunciar una palabra hasta Scarlino, á una maldita posada á fé mia. Allí pasamos una noche detestable, devorado enteramente de insectos, con perdon vuestro. Hacia las tres de la madrugada, cuando comenzaba á dormirme, el mayoral entró en mi cuarto, y me hizo levantar. Parece, caballeros, que en ese país extranjero esta es la costumbre.

Cogí mi escopeta y mi morral, y me disponía á volver á ocupar mi asiento de la víspera; pero en el momento en que iba á subir al carruaje, el mayoral me detuvo:

—*Scuza, Eccellenza: Ma la scopetta ne va esarricada: ¿No es esto?*

—¿Cómo que la escopeta no está cargada? ¿Qué entendéis por ese verbo *carricado*?

—Pregunta si está cargada vuestra escopeta, me dijo Mr. Ernesto.

—Muy servidor vuestro, le dije. ¿Qué tal habéis dormido?

—Muy bien.

—No sois entonces difícil de contentar. Yo he sido devorado, literalmente devorado, caballero, entregado á las fieras.

—*Andiamo, andiamo*, dijeron los viajeros.

—¿La escopeta no está *escarricada*? preguntó segunda vez el conductor.

—Si señor, está cargada; le respondí un poco incomodado con su indiscrecion.

—Entonces *bisogna discarricarla*.

—Caballero, le dije al joven oficial, tened la bondad de servirme de intérprete, y de decirme lo que quiere este hombre.

—Desea que descargueis vuestra escopeta, caballero, para que no suceda algun accidente.

—Es muy justo, respondí yo.

—No; no lo hagais; dejadla como está. Si nos saliesen ladrones, con mis pistolas y vuestra escopeta correríamos á defendernos.

—¿Cómo es eso de ladrones, caballero? pregunté yo. ¿Es qué por ventura hay ladrones en este camino?

—En Italia los hay por todas partes.

—¿Mayoral! exclamé yo; mayoral.

—Aquí estoy.

—Y bien, ahí estais; pero decidme, amigo, no nos habéis advertido que había ladrones en el camino.

—*Avanti, avanti*, gritaron los compañeros del coche.

—Vamos, vamos; subid pronto: ya veis que vuestros compañeros de viage se impacientan, y no llegaremos á Siena antes de las doce de la noche.

—Esperad, caballero, que voy á descargar mi escopeta.

—*Bisogna discarricar la escopeta*, repitió el conductor.

—No, no; al contrario, dijo el oficial: subid con ella.

—Perdonad, caballero, perdonad, le respondí yo: soy del dictámen del conductor: si llegásemos á encontrar por casualidad ladrones, no quisiera yo que esas buenas gentes pudieran sospechar que tenía la menor intencion de causarles el menor mal.

—¡Ah! ¿teneis miedo á lo que parece?

—No lo disimulo, caballero: yo no soy militar; yo soy cuarto violon en el teatro de Marsella, Mr. Louët, cuarto violon para lo que gustéis mandarle, repetí haciéndole un saludo.

—¿Con qué sois cuarto violon del teatro de Marsella? Entonces habéis debido conocer una linda bailarina que había allí hace tres ó cuatro años.

—¡Oh! He conocido lindas bailarinas, porque mi sitio en la orquesta es un sitio excelente para hacer conocimiento con ellas.

¿Cómo se llamaba, si no hay indiscrecion en preguntarlo?

—La señorita Zefrina.

—Si señor. Toma, si la he conocido: ha dejado nuestra ciudad por la Italia: era una persona muy ligera.

—¿Cómo? dijo Ernesto.

—Esto se aplica al físico únicamente; y para una bailarina es un elogio, ó.... tomé un aire de los mas amables.... ó no entiendo nada.

—Enhorabuena.

—*Dunque che facciamo? ¿Non si parte oggi?* gritaron del coche.

—Un instante, caballeros.

Me alejé para descargar mi escopeta, por miedo de asustar á los caballos con una doble explosion.

—Dadme la escopeta, me dijo el conductor cogiéndomela de las manos: yo la colocaré en el cabriolé.

—¡Toma! dije yo; no había pensado en ello: ahí teneis mi escopeta, buen hombre; cuidadla bien, porque es un arma excelente.

—Vamos ¿acabareis de subir? dijo Mr. Ernesto.

—Va voy, ya voy. Subí en el coche: el conductor cerró la portezuela detrás de mí; subió en la delantera, y echó á andar.

—Con que decis, repliqué yo encantado de haber encontrado un motivo de conversacion que parecia agradar al joven oficial, decis que la señorita Zefrina...

—Os equivocais, dijo Mr. Ernesto; yo no digo nada.

Conoci que se le había pasado la gana de hablar, y callé.

Nunca he hecho un viage mas fastidioso, ni por caminos mas horribles. Nuestro conductor parecia haber tratado de alejarse de las ciudades y de las aldeas: creeriase que

vijábamos por un país salvaje. Nos detuvimos para comer en una horrible venta, donde nos sirvieron una tortilla de pollos que aun no habían nacido, y nuestro mayoral estuvo hablando con gente de muy mala traza, lo que me infundió sospechas. Mucha gana tenía de comunicarme con mis compañeros de viage; pero creo haberos dicho que yo no hablaba en lengua italiana. En cuanto á monsieur Ernesto, el modo con que había respondido á mis atenciones no me dejaba deseos de volverlas á renovar.

Volvíamos á ponernos en camino; pero el camino en lugar de embellecerse, cada vez fué mas incalificable. Creo no exagerar afirmando que atravesamos verdaderos desiertos. En fin, nos metimos en una especie de desfiladero con montañas á un lado, y un torrente al otro. Esto era menos agradable, porque la noche se nos venia echando encima. Nadie hablaba ya; ni aun los italianos. De tiempo en tiempo únicamente el mayoral echaba algunos juramentos á sus caballos. Pregunté si nos hallábamos lejos aun de Siena: estábamos casi á la mitad del camino.

Reflexioné que si podía dormirme, me haría esto el camino incomparablemente menos largo. Me acomodé lo mejor que pude en mi rincón, y cerré los ojos para atraer el sueño: aun traté de roncar; pero conocí que esto me despertaba, y cesé de emplear este medio como inútil.

Dícese que el que quiere puede. Yo, señores, soy una prueba viva de este axioma. Al cabo de una hora de fuerza de voluntad caí en esa especie de soñolencia en la que, aunque se tiene todavía la percepcion de las cosas, se pierde el uso de sus facultades. No sé cuanto tiempo permanecería en este estado anormal, cuando me pareció sentir que paraba el carruaje. Despues hubo un gran ruido en derredor de mí. Traté de despertarme, señores: imposible: me había yo magnetizado á mi mismo. De repente oigo dos pistolazos: esta vez ya era la cosa demasiado fuerte, tanto mas cuanto que el fogonazo me había casi quemado el rostro. Abri los ojos. ¿Qué es lo que veo sobre mi pecho, señores? El cañon de mi propia escopeta: le reconocí, señores, y me arrepentí mucho de no haberla descargado. Nos hallábamos detenidos por una banda de ladrones que gritaban con toda su fuerza: *¡Face in terra! ¡face in terra!* Adiviné que esto queria decir que nos echáramos abajo: me precipité á saltar del carruaje, pero sin duda no tan pronto, porque uno de ellos me aplicó un culatazo detrás de la nuca; señores, un golpe como esos que se dan para matar á los conejos. Felizmente no me alcanzó en el cerebello: caí de bruces en tierra: vi que todos mis compañeros se hallaban tendidos como yo, á escepcion de Mr. Ernesto, que se batía como un diablo; pero al fin y á la postre se vió obligado á rendirse. Me re-

gistraron en todas partes, hasta bajo mi camisa de franela: dispensadme estos detalles; me cogieron mis cien escudos; esperaba yo salvar mi solitario, y lo había vuelto hacia dentro: desgraciadamente no tenía la virtud del anillo de Gíges. Sabeis que el anillo de Gíges, cuando volvian el chaton hacia dentro hacia invisible al que lo llevaba: vieron á mi pobre solitario y me lo cogieron.

Duró casi una hora el registro y contra-registro de la manera mas indecente. Despues al cabo de una hora:

—Parece, dijo el que hacia de gefe de la banda, que hay entre estos caballeros un músico.

La pregunta me pareció estraña, y creí que no era el momento oportuno de declinar mi cualidad.

—Y bien, repitió el mismo; ¿no me han oído? Pregunto ¿si entre estos caballeros no hay uno que toque algun instrumento?

—¡Pardiez! dijo una voz que la reconocí por la del joven oficial: el señor toca el violon, el señor Louët.

Hubiera querido estar cien pies bajo tierra: me quedé cual un muerto.

—¿Cuál, preguntó la misma voz, es el señor Louët? ¿Es este?

Acercáronse á mí, y sentí que me cogieron por el cuello de mi blusa de caza. En un instante me enderezaron, y me puse de pie.

—¿Qué queréis de mí, caballeros? Pregunto en pombre del cielo, ¿qué queréis de mí?

—Nada que no sea muy lisonjero, dijo el mismo bandido. Hace ocho días que andamos buscando por todas partes un artista sin poderlo hallar, lo que ponía al capitán de un humor atroz, al presente, va á ponerse muy contento.

—¿Cómo! exclamé yo: ¿es para llevarme al capitán para lo que me preguntais si toco algun instrumento?

—Sin duda.

—Vais á separarme de mis compañeros.

—¿Qué queréis que hagamos con ellos si no son músicos?

—Señores, exclamé yo; socorro, auxilio; no dejéis que me arrebatén así.

—Estos señores van á tener la bondad de permanecer con la nariz sobre la tierra, porque si se menean antes de un cuarto de hora los abrasamos. En pasando ese tiempo podrán volver á continuar su camino. En cuanto al oficialito, añadió el bandido dirigiéndose á cuatro hombres que le tenían sujeto, atadle á un árbol: dentro de un cuarto de hora le desatará el mayoral. ¿Oyes tú, mayoral? Si lo desatas antes de un cuarto de hora tendrás que habértelas conmigo, con Picard.

El conductor lanzó una especie de sordo gemido, que podía pasar por un consentimiento á la advertencia que acababa de recibir. Yo me hallaba sin fuerza ninguna: un niño hubiera podido derribar me en tierra; con

mas fuerza de razón aquellos dos mocetones que me tenían cogido por el cuello.

—Vamos, cuidado, dijo el bandido; y ténganse las mayores consideraciones con el músico: si resiste no le empujéis, sino por donde sabeis.

Mucha curiosidad tuve de saber por donde habían de empujarme, en caso de resistencia. Resistí, pues. Caballeros, recibí un puntapie que me hizo ver treinta y seis mil luces: ya sabía por donde me habían de arrear.

Los bandidos se dirigieron hacia la montaña, cuyas negras crestas se distinguían destacándose en el cielo. Al cabo de quinientos pasos casi, pasamos un torrente: después entramos en un bosque de pinos que atravesamos. Por último, llegamos al fin de él, y divisamos una luz.

Nos dirigimos hacia aquella luz: venía de una posada colocada en un camino de travesía: á cincuenta pasos de la casa nos paramos: solo un bandido marchó á reconocer el sitio. Una señal que hizo dando tres palmadas indicó sin duda á Picard que podíamos llegar, porque los bandidos se pusieron en marcha cantando, lo que no habían hecho desde que nos habíamos separado de la carretera.

Señor, creo al poner el pie en aquella posada que estábamos en la noche del sábado al domingo, y que Satanás tenía allí su conciliábulo.

—¿Ove sta il capitano? preguntó al entrar Picard.

—Al primo piano, respondió el posadero.

—¡Toma! me dije yo á mí mismo: parece que hay un primer piano. ¿Este hombre tiene furor por la música?

Todos los bandidos subieron la escalera, á escepcion de dos que me hicieron sentar en el poyo de la chimenea, y me guardaron de vista: uno de los dos se había apropiado mi escopeta; el otro mi morral: en cuanto á mi solitario y á mis cien escudos se habían vuelto perfectamente invisibles.

Algunos instantes después gritaron de lo alto de la escalera á mis guardas alguna cosa que yo no comprendí: únicamente como me echaron mano al cuello, y me empujaron hacia los escalones, adiviné que me guiaban al piso principal.

No me equivocaba, señores. Al entrar vi al capitán sentado delante de una mesa perfectamente cubierta con una porción de botellas de diferentes formas delante de él, y sobre sus rodillas una niña muy linda á fé mia!

El capitán era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, lo que se puede llamar un buen mozo. Hallábase absolutamente vestido como un ladrón en la ópera, todo con terciopelo azul, una cintura encarnada, y hebillas de plata, de modo, señores, que me creí en el ensayo; tanto que aquel hombre que había contado con intimidarme, no logró absolutamente su objeto.

En cuanto á la joven que tenía sobre sus rodillas, estaba vestida á la manera de las antiguas romanas: después he visto otras en los cuadros de un cierto Roberto, es decir, con un corpiño bordado de oro, una falda corta listada de varios colores, y medias encarnadas: en cuanto á los pies, no merece la pena de hablar de ellos; casi no los tenía. Me hallaba tan sobre mí, caballeros; que noté que aquella ladrona tenía en el dedo mi solitario, lo que fuera de la sociedad en que tenía la desgracia de encontrarse me dió como conocéis bien, una idea muy poco favorable de la moralidad de aquella joven.

En el cuarto me soltaron los dos bandidos; pero se quedaron detrás del descanso de la escalera: di algunos pasos hacia adelante, y habiendo saludado primero á madama, después al capitán, en seguida á todo el resto de la sociedad, aguardé.

—Aquí tenéis el músico pedido, dijo Picard.

Hice un segundo saludo.

—¿De qué país eres? preguntó el gefe con un fuerte acento italiano.

—Soy francés, escellenza.

—¡Ah! mucho me alegro, dijo la joven.

Vi con placer que al menos todo el mundo hablaba francés.

—¿Eres músico?

—Soy el cuarto violon del teatro de Marsella.

—¡Toma!... dijo la joven.

—Picard, haced subir el instrumento de este caballero.

Después, volviéndose hacia su querida: espero Rinita, la dijo, que ahora no tendréis dificultad ninguna en bailar.

—Jamás la he tenido, respondió Rina; pero ya comprendéreis que no podía bailar sin música.

—Lo que dice esta señorita es muy exacto Escellenza... la señorita no podía bailar sin música.

—Non é instrumento, non ha trovato l'istrumento! dijo uno de los bandidos presentándose á la puerta.

—¿Cómo que no hay instrumento? gritó el capitán con voz de trueno.

—Capitán, dijo Picard, os juro que no he visto el menor violonchelo.

—¡Bestia! gritó el capitán.

—Capitán, dije yo entonces, no hay que incomodarse con ese buen muchacho: esos señores me han registrado por todas partes, hasta debajo de mi almilla de flanela, y si hubiese llevado allí mi violonchelo seguramente le hubiera encontrado; pero no lo llevaba conmigo.

—¿Y cómo es que no llevabas tu violonchelo?

—Ruego á vuecelencia que se convenza que si yo hubiese podido adivinar su predilección por ese instrumento en vez de uno hubiera traído dos.

—Está bien, dijo el capitán; que marchen cinco hombres al instante mismo á Siena, á Volterra, ó Grosseto, á donde les dé la gana; pero mañana por la noche ha de haber aquí un violon. Y cuando el violon haya llegado, ¡bailarás, Rinita mia!

—Si, si estoy en disposición, si sois amable.

—¡Picarilla! dijo el capitán, plantándola un beso, ya sabes tú que haces de mí todo lo que quierés.

—¡Bien! delante de gente dijo Rina; bonito es eso.

Aquel movimiento inspirado por un resto de pudor me dió la mejor idea de aquella joven. Además, ¡cosa extraña! cuanto mas la miraba menos me parecía desconocer su cara. Sin embargo, por mucho que trataba de reunir mis recuerdos no venía á mi memoria otra ocasión en que me hubiese hallado en tan mala compañía.

—Amigo mio, dijo entonces la joven, aun no has preguntado á ese buen hombre si tiene hambre.

Me conmovió esta atención.

—¿Tienes hambre? me dijo el capitán.

—A fé mia, señor capitán, respondí, ya que tenéis la bondad de hacerme esa pregunta, os confesaré francamente que he comido muy mal en Scarlino y que me moría de hambre.

—Ponte entonces á la mesa.

—¡Capitán!...

—Vamos, poned á la mesa, dijo Rina con un gesto encantador; no gasteis cumplimientos con Tonino, que es un amigo, y conmigo que soy una compatriota.

—¡Ah! ¿el señor capitán se llama Tonino? bonito nombre y muy musical.

—Se llama Antonio, dijo la joven, riéndose, pero yo le llamo Tonino por cariño. Y le miró con el blanco de los ojos con una mirada que hubiese sido capaz de hacer saltar al mismo San Antonio; y le llamo así porque le quiero.

—¡Encantadora! murmuró el capitán.

Durante este tiempo, señores, me habían puesto un cubierto y acercado una silla con todas las posibles consideraciones. Vi que mi posición al lado del señor Tonino sería mas soportable de lo que había pensado, y que sería tratado con la distinción de un artista. Mi cubierto había sido puesto en la misma mesa en donde había cenado el capitán, de manera que la señora misma tuvo la bondad de acercarme los platos y de echarme de beber, lo que me permitió perfectamente conocer que era mi solitario el que brillaba en su dedo. De tiempo en tiempo alzaba yo los ojos sobre su rostro y cuanto mas la miraba, mas convencido estaba de que no me era desconocida aquella cara. Mientras el bandido jugaba con sus cabellos, lo que le valía de tiempo en tiempo algun golpecito en la cara, y después la decía: ¿con que bailarás, Rinita? y ella respondía: tal vez.

Cuando hube cenado, la señorita Rina observó muy juiciosamente que tenía necesidad de descansar. Estaba hecho un tronco de sueño, y aunque no era político el abrir la boca, y esto no lo digo por vos, señor Jadin, se me abría de una manera horrorosa; así no me lo hice repetir: pedí un cuarto y me fui á acostar.

Dormí quince horas seguidas, señores. Aguardaban á que despertase con impaciencia, porque habían tenido la política de no despertarme. Esto me pareció una cosa muy atenta por parte de un capitán de bandidos: pero apenas estornudé, porque tengo la costumbre de estornudar para despertarme, cuando entraron en mi cuarto con cinco violonchelos nada menos. Cada uno de los enviados había traído uno, tanto que dije que iban á encarecerse en los alrededores. Esta palabra hizo sonreír al capitán.

Elegí el mejor, é hicieron una hoguera con los otros cuatro.

Cuando hube hecho mi elección, me mandaron coger mi instrumento, é irme al cuarto del capitán que me aguardaba para comer; comprendéis que no me hice aguardar. Había buena mesa, es decir, excelente comida para el capitán, la señorita Rina, Picard y yo, y después siete ú ocho mesas mas pequeñas para el resto de los bandidos. En el fondo del cuarto habría muy bien trescientas velas encendidas, tanto que formaban una magnífica iluminación: adiviné que tendríamos baile.

Muy alegre fué la comida, señores: los bandidos eran verdaderamente excelente gente: el capitán sobre todo tenía muy buen humor, consistía esto en que la señorita Rina le hacia toda clase de monadas.

Quando la comida se concluyó.

—¿Sabes lo que me has prometido, Rinita? le dijo el capitán.

—¿Y acaso lo niego yo? respondió aquella joven con una sonrisa.... verdaderamente tenía una sonrisa encantadora.

—¡Pues bien! Entonces ve á prepararte, pero no tardes mucho.

—Poned vuestro reloj en la mesa.

—Aquí está.

—Pido un cuarto de hora. ¿Es mucho?

—No, respondí yo, seguramente no.

—Vaya por un cuarto de hora, dijo el capitán.

La señorita Rina salió ligera como una cervatilla por la puerta del fondo, que se hallaba colocada en medio de las trescientas bugias.

—Y tú, señor músico, dijo el capitán, espero que vas á distinguirme.

—Haré lo que pueda, capitán.

—Enhorabuena. Si quedo contento te haré devolver tus cien escudos.

—¿Y mi solitario, capitán?

—¡Oh! en cuanto á tu solitario es preciso que te despidas de él. Además, tú has visto

que es Rina quien lo tiene, y eres demasiado galante para querer quitárselo.

Hice un gesto de consentimiento que le pareció suficiente.

—Vosotros, dijo el capitán dirigiéndose á sus bandidos, vais á tener una diversion de cardenales: espero que quedareis satisfechos.

—¡Viva el capitano! respondieron todos los bandidos.

En aquel momento la señorita Rina apareció sobre la puerta, y de un solo brinco se colocó en medio del cuarto.

Señores, estaba vestida de bayadera con un corpiño plateado, un gran chal de cachemira que la servía de cintura, una falda corta de gasa que le llegaba encima de la rodilla, y un adorno de seda en el talle. Estaba verdaderamente lindísima en aquel traje.

Cogí mi violon: me creía en el teatro de Marsella.

—¿Con qué música quereis bailar, señorita? le pregunté.

—¿Conoceis la del Chal del baile de Clary?

—Seguramente, es mi favorito.

—Pues bien: ya aguardo.

Comenè el ritornelo: los bandidos formaron un círculo.

A las primeras notas se alzó como una sílfide, haciendo batimanes, piruetas, y juegos con los pies, que era una maravilla. Los bandidos gritaban ¡bravo! como furiosos, y yo me decía á mí mismo: esto es admirable; yo conozco este par de piernas.... Me habian chocado mas que el resto, señores: en cuanto yo veo una fisonomía no se me escapa.

No se fatigaba, señores: verdad es que los aplausos debían darla fuerza. Subía, bajaba, brincaba, hacia piruetas, y todo esto con los gestos mas deliciosos del mundo. Hallábase el capitán como loco. Yo estaba furioso. Me parecia que aquellas piernas me hacían una multitud de señas, y que tambien me conocían: estoy seguro que si hubieran podido hablar me hubieran dicho—buenos dias, señor Louët.

En medio del paso del Chal, el posadero entró todo asustado, y habló algunas palabras al oído del capitán.

—¿Ove sono? preguntó tranquilamente el capitán.

—En San Dalmacio, respondió el posadero.

—Acaba tu paso: tenemos tiempo.

—¿Qué hay? preguntó la señorita Rina, cantoneando las caderas, y colocando en ellas sus lindos brazos.

—Nada, nada, respondió este: parece que esos canallas de viajeros que hemos detenido, han dado la alarma en Siena y en Florencia, y que nos vienen persiguiendo los húsares de la gran duquesa Elisa.

—A buen tiempo vienen, dijo Rina riendo, porque he concluido mi paso.

—Una pirueta mas todavía, Rinita, dijo el capitán.

—Nada puedo negaros. Las últimas ocho notas, si gustais, me dijo á mí.

—Volvi á coger mi arco: imaginad que á aquella noticia se me habia caído el arco de las manos. En cuanto á la señorita Rina, al contrario; parecia que aquella noticia le habia dado piernas. Entonces fué cuando creí yo reconocerla; pero ¿dónde la habia yo visto?

Yo creo que jamás la señorita Rina habia conseguido un triunfo semejante.

Dió un brinco desde el suelo hasta la puertecilla por donde habia entrado á vestirse; y volviéndose, como si entrase entre bastidores, hizo una cortesía enviando un beso con la mano al capitán.

—Ahora, ¡á las armas! dijo este: preparad un caballo para Rina, y un caballo para el músico: nosotros iremos á pie, camino de Romagna. ¿Lo ois? Los que se estravien, el punto de reunion será en Chianziano, entre Chiusia y Pianza.

—¿Cómo, caballero! ¿Me vais á llevar con vos?

—Sin duda. ¿Cómo quereis que Rina baile si no tiene música?

—¿Cómo quieres que pueda yo estar sin verla bailar?

—Pero, capitán, vais á esponerme á mil peligros.

—Los mismos á que nos esponemos nosotros.

—Pero, ese es vuestro oficio, capitán, y no es el mio.

—¿Cuánto te daban en tu chirivivil de teatro?

—Señores, así hablaban del teatro de Marsella!

—Tenia ochocientos francos, capitán.

—Pues bien, yo te doy mil escudos. Mira, hombre, si encontrarás un empresario de teatro que te dé tanto.

A esto no habia nada que responder, hice de tripas corazón.

—Todo está dispuesto, dijo Picard entrando en el cuarto.

—Aquí estoy, dijo la señorita Rina corriendo con su traje romano.

—Pues entonces, en marcha, dijo el capitán.

—¡Usseri! ¡usseri! gritó el posadero.

—Cada cual echó á correr precipitándose por la escalera.

—¡Por vida de mil demonios! dijo el capitán volviéndose: creo que olvidas tu violon.

Cogí el violon, señores, y hubiera querido ocultarme dentro de él.

Al llegar á la puerta encontramos dos caballos ensillados.

—¡Y bien! señor músico, dijo Rina: ¿no me ayudais á subir á caballo? ¡sois galante!

Tendi maquinalmente el brazo para sostenerla. Sentí que me metían un papellito en la mano.

Un sudor frio me cubrió la frente. ¿Qué podría decirme en aquel papel? ¿Era una declaración de amor? ¿Habia seducido mi fisico

á aquella bailarina, y seria el rival del capitán? Ganas tuve de arrojar lejos de mí aquel papel; pero venció la curiosidad, y me lo metí en el bolsillo.

—¡Usseri! ¡usseri!!! gritó de nuevo el posadero.

En efecto, oíase en la carretera un rumor, un ruido sordo como el de una tropa que se adelanta á galope.

—¡A caballo, chaval! me dijo Picard cogiéndome por el fondo de los calzones, y ayudándome á colocar sobre la silla: bien, ahora atad el violon á la espalda; así.

Sentí que me ataban á mi instrumento. Dos bandidos cogieron las bridas del caballo de la señorita Rina: otros dos bandidos cogieron la brida del mio: el capitán con la carabina al hombro se puso á correr tras de su querida: Picard corria tras de mí: toda la banda, que se componia á lo mas de quince á diez y ocho bandidos, nos seguia detras.

Cinco ó seis tiros nos dispararon á trescientos pasos detras de nosotros, y oímos silbar las balas.

—A la izquierda, dijo el capitán, á la izquierda.

Apenas habia dado esta orden, cuando dejamos el camino, y nos metimos en una especie de valle, en el fondo del cual corria un torrente.

Era la primera vez que montaba á caballo: me agarraba con una mano al cuello y con la otra á la cola. Es una felicidad, señores, que un caballo tenga tantas crines.

Cuando hubimos llegado mandó el capitán hacer alto: despues escuchamos.

Oímos á los húsares que pasaban á galope tendido por la carretera.

—¡Bueno! dijo Picard: si siguen á ese paso á buena hora llegarán á Grosseto.

—Déjalos marchar, dijo el capitán, y sigamos el curso del torrente: nuestro ruido se perderá en el de las aguas.

Así caminamos durante hora y media casi: despues nos encontramos en la confluencia de otro torrente que venia á unirse al nuestro.

—¿Es este el Orgia? preguntó á media voz el capitán.

—No, no, respondió Picard, es el Orbia: el Orgia está lo menos cuatro millas mas abajo.

Volvimos á ponernos en camino, y una hora despues nos hallamos efectivamente con un segundo torrente que venia á reunirse con el nuestro, porque marchábamos siempre á orillas de un río. Ya veis, señor Méry, que no hay mas que el Var que lllore por no tener agua.

—¡Ah! esta vez, dijo el capitán, ya conozco el sitio. A la izquierda, á la izquierda.

Se ejecutó al instante mismo la maniobra mandada.

A las cuatro de la mañana atravesamos un camino real.

—¡Vamos, vamos, ánimo! dijo Picard que me oía dar gemidos: ya estamos en la carretera de Siena: en hora y media estaremos en Chianziano.

Como pensais no hicimos mas que atravesar aquella carretera: buscábamos poco los sitios frecuentados. Algunas millas de aquí nos metimos en la montaña; y como nos habia dicho Picard, al cabo de hora y media, es decir, al amanecer, entrábamos en Chianziano. El posadero nos recibió como si nos esperase: parece que éramos sus parroquianos.

Señores, habíamos andado doce horas, y segun pude calcular las distancias, juzgué que habíamos andado veinte leguas.

Bajáronme del caballo á mi contrabajo y á mí: no me podia poner en pie.

Los bandidos pidieron el desayuno: yo pedí una cama.

Llévaronme á una alcobita que no tenia mas que una ventana con reja, y cuya puerta daba al cuarto donde los bandidos iban á almorzar. No habia medio de pensar en escaparse, ademas, aun cuando lo hubiera querido hacer, era imposible; me hallaba molido como una pimienta.

Al quitarme mis calzones: se llevaban todavía calzones en aquella época: ademas, yo los he llevado hasta 1830: al quitarme mis calzones, digo, pensé en el papel que me habia entregado la señorita Rina, y que habia olvidado durante todo mi nocturno viaje: aun cuando hubiera pensado en él hubiera sido lo mismo, porque con la oscuridad hubiera sido imposible leerlo.

Era un billete escrito con lápiz, y concebido en estos términos:

«Mi querido señor Louët:

Por mucho deseo que tuviese de conocer lo demás, me detuve.

—¡Toma, toma! me dije; parece que la señorita Rina me conocè: hecha esta reflexion, continué.

«Comprendeis que la sociedad en que me encuentro no me gusta como á vos: pero para dejarla sin accidente, necesitamos prudencia todavía mas que resolucion. Espero que cuando llegue el momento no os faltará ni la una ni la otra: ademas, os daré el ejemplo: entretanto aparentad que no me conocéis.

«Hubiera deseado volveros vuestro solitario, que os he visto mirar muchas veces con inquietud; pero como tengo necesidad de él para nuestra comun libertad, lo guardo.

«Adios, mi querido señor Louët, un día llegará en que nos volvamos á encontrar los dos, lo espero, vos en la orquesta, y yo en el teatro de Marsella.

ZEFIRINA.

«Posdata: tragaos mi billete.»

Todo me lo aclaró la firma, señores. Era la Zefirina que habia tenido tanta voga du-

rante tres años, y que después había sido vuelta á ajustar en el teatro de Marsella. No podéis recordarlo, señor Méry, erais demasiado joven. Ved, pues, como vuelven á encontrarse las gentes.

Volví á leer segunda vez aquella carta, y entonces me chocó la posdata: tragad mi billete:—esto era prudente, pero no muy agradable. Sin embargo, tomé sobre mí el hacer lo que me recomendaba la señorita Zefrina; y me dormí mas tranquilo sabiendo que tenía una amiga en la banda.

Hallábame en lo mas fuerte de mi sueño, cuando sentí que me sacudían por el brazo: abrí los ojos estornudando: creo haberos dicho que esta era mi manera de despertarme: era el teniente el que se tomaba aquella familiaridad conmigo.

—¡Alerta, alerta! me dijo: los húsares están en Monte-Pulciano: dentro de un cuarto de hora marchamos.

No hice mas que dar un salto desde mi cama, y cogí mis vestidos: aquellas malditas balas me estaban todavía silbando en los oídos.

La primera persona que vi al salir de mi gabinete fué la señorita Zefrina: parecia alegre como un gilguero. Admiré la fuerza de alma de aquella joven, y resolví imitarla. Entretanto para tranquilizarla, la hice señas con el dedo de que no había tomado mas que aquello, no y era bastante para mantenerme, porque volviéndose risueña hácia el capitán

—Tonino, le dijo, nuestra orquesta os hace señas de que tiene el vientre vacío como su violon. ¿No habrá tiempo de que tome un bocado?

—¡Bah! ¡bah! dijo el capitán, comerá en Sorano.

—¿Estamos ya listos? preguntó Zefrina.

—Aguarda, voy á verlo, dijo el capitán, y salió al patio.

—¿Siamo pronti? gritó.

Zefrina corrió á la ventana: sacó mi solitario de su dedo, y escribió rápidamente alguna cosa sobre el cristal.

El capitán al volver la encontró en el mismo sitio en que la había dejado.

—Vamos, vamos, dijo; descansaremos en Sorano. Preciso es, murmuró entre dientes que nos hayan vendido, ó que esos húsares sean brujos.

Después haciéndola señas de que pasase adelante, dió el brazo á Zefrina y bajó con ella.

Nos aguardaban dos caballos como la vispera. Tomamos las mismas disposiciones, y nos volvimos á poner en camino del mismo modo. Unicamente como habíamos salido de día, llegamos menos de noche.

No es menos cierto que no encontramos casi nada que tomar en la miserable posada donde el capitán nos había llevado, y que sin la atención que la señorita Zefrina tuvo de

darme la mitad de su cena, me hubiera acostado en ayunas.

Haria diez minutos que me hallaba en la cama, cuando oí un estrépito infernal. Me eché abajo de la cama; cogí mis vestidos debajo del brazo; y abrí la puerta preguntando: —¿Qué hay?

El cuarto estaba lleno de bandidos armados.

—Hay que estamos cercados por esos condenados de húsares, gritó el teniente; y que es preciso que entre nosotros haya algun traidor. ¡Por vida de mil demonios! si creyese que eras tú....

—¡Di qua! ¡di qua! dijo el posadero abriendo una puerta que daba sobre una escalera oculta.

El capitán se lanzó el primero arrastrando á la señorita Zefrina por la mano. Picard me empujó tras de ellos: el resto de la banda nos siguió.

Abajo de la escalera, el posadero entró en una pequeña leñera, y levantó una trampa que había en un rincon. Comprendió el capitán sin que hubiera mediado ni una palabra: bajó el primero por la escala de la trampa sosteniendo á la señorita Zefrina: todos le seguimos. El posadero volvió á cerrar la trampa, yo oí que la cubria con haces de leña. Por su parte Picard retiró la escalera; de modo que hubiera sido preciso á los húsares saltar uno á uno de una altura de quince pies casi para bajar al subterráneo en que nos hallábamos.

No tengo necesidad de decirlo, caballeros, que aproveché el primer momento de descanso que tuve para ponerme mis vestidos.

Al cabo de un instante oímos llamar á la puerta como si fuesen á echarla abajo.

—¿Y Schioppi sono carricali? preguntó el capitán.

Como era la misma pregunta que me había hecho el conductor, comprendí perfectamente: además, en el mismo instante oí en los cañones el ruido de las baquetas de los que no estaban cargados.

—Señores, exclamé yo entonces, señores, yo espero....

—¡Silencio! ¡si quieres vivir! dijo Picard.

—¿Cómo que si quiero! Seguramente que....

—¡Silencio! ó te pongo una mordaza.

Me callé. Solamente busqué un rincon donde pudiese estar al abrigo de las balas. No había el menor ángulo entrante en aquella maldita cueva; señores: un verdadero calabozo penitenciario.

Oímos que abrian la puerta: al mismo tiempo resonaban los tacones de las botas y las culatas de los fusiles: comprendereis que una tropa de soldados acababa de entrar en la posada. Como se ve habíamos sido seguidos muy de cerca.

Veinte estábamos en la cueva, señores. Sin embargo, había tal silencio que se hubiera oído volar una mosca. No sucedía esto en

cima de nosotros: parecia que ponian á saco la casa. Gritos, juramentos capaces de haber asustado á la misma Virgen: dos ó tres veces oímos á los soldados entrar en la leñera donde estaba oculta la entrada de nuestra trampa: y entonces nuestro silencio se interrumpía por el ruido de las carabinas que se preparaban. Señores, aquel ruido, que era muy corto, me helaba el corazón.

Ultimamente, al cabo de tres ó cuatro horas toda aquella barahunda cesó al fin poco á poco: un absoluto silencio se siguió á ella; después oímos que quitaban los haces de leña, y que abrian la trampa: era nuestro posadero que venia á decirnos que cansados de buscarnos inútilmente se habían marchado los húsares y que podíamos salir.

Mientras los bandidos se habían aproximado á la entrada para conversar con el posadero, la señorita Zefrina que se había quedado sola con un servidor vuestro, en el fondo de la cueva, se aproximó vivamente á mi, y cogiéndome la mano

—Nos hemos salvado, me dijo.

—¿Cómo es eso? le pregunté.

—Ernesto sigue nuestros pasos.

—¿Quién es ese Ernesto?

—Un joven oficial de húsares, mi amante.

—Yo conozco á Mr. Ernesto.

—¡Bah! Un buen mozo de veinte y cinco á veinte y seis años; de vuestra estatura casi, pero de mejor talle.

—Eso es. He viajado con él desde Piombino á... Pero esperad... Si, si, si; si me ha hablado de vos.

—¿Os ha hablado de mi, mi querido Ernesto?

—¿Pero es brujo para seguirnos la pista de esta manera?

—No, no es brujo; pero en todas las posadas por donde pasamos escribo sobre un cristal mi nombre y el del pueblo á donde vamos.

—¡Ah! Comprendo: por eso tenéis necesidad de mi solitario. Mil perdones, señorita, por las exageradas sospechas que había concebido: además, debe señalar bien porque es un verdadero diamante.

—¡Schitt!... hablan de cosas importantes.

Escuché un instante; pero como los bandidos hablaban italiano, no comprendí nada.

—Bueno, bueno, dijo la señorita Zefrina: Caprarola, Caprarola: conserva bien este nombre por si yo lo olvidase: á Caprarola es donde vamos.

—¿Cómo, exclamé yo asustado, todavía vamos á andar mas?...

—¡Hum! dijo Picard volviéndose.

—Nada, mi teniente, nada; estaba con cuidado por mi violon.

Zefrina se alejó vivamente de mi y se deslizó entre los bandidos: de modo que cuando el capitán la buscó con la vista la encontró á su lado.

—Y bien, Rinita, ya se han marchado esos demonios de franceses.

—Respiro, dijo Rina, ¿se sabe á que lado han ido!

—El posadero cree haber comprendido que la compañía de los húsares de la gran duquesa, no tienen derecho á pasar adelante; pero un oficial joven que estaba con ellos, tiene una comision para perseguirnos y pedir tropas por donde quiera que las encuentre.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Vamos á ponernos en camino.

—¿De día?

—No tengas cuidado, tenemos buenos caminos que nadie conoce mas que nosotros.

—Es que estoy verdaderamente cansada.

—Animo, Rinita, la expedicion no es larga; á lo mas treinta y cinco millas.

—¿Llegaremos pronto al menos?

—Mañana por la noche ya estaremos en seguridad.

—Entonces marchemos.

—Marchemos, dijo el capitán.

—¿Y mi violon? pregunté yo á Picard,

—No tengais cuidado, ha sido respetado, me respondió.

—¡Ha sido respetado! ya comprendéis, mi violon era mi salvaguardia.

Nos pusimos, pues, en camino. El mismo posadero quiso servirnos de guia y no se separó de nosotros hasta que estuvimos en lo que el capitán llamaba un camino nuestro. Era un camino de todos los diablos, señores.

Hácia el medio día entramos en un gran bosque: era un bosque de bandidos: así estoy seguro que si no hubiéramos ido en tan buena compañía hubiéramos tenido algun mal encuentro. A las cuatro llegamos á Caprarola.

Allí al menos, señores, tuvimos un día y una noche tranquilos: porque, gracias al señor Ernesto, no habíamos comido ni dormido. Por el momento parecia que habian perdido nuestra pista ó que no habian tenido fuerzas suficientes para perseguirnos. La posada se hallaba bastante mal provista; pero acudieron al pueblo mas inmediato que oí llamaban Ronciglione, creo, y trajeron con que hacer una comida bastante buena.

A las tres de la madrugada nos despertaron; pero como yo me había acostado á las seis de la tarde, saqué mi cuenta y dormí mis ocho ó nueve horas. Esta es mi cuenta, y cuando no duermo este tiempo me encuentro mal.

Esta vez fué corta la jornada, hácia las once de la mañana pasamos un río por un vado; después nos detuvimos para desayunarnos en una posada que oí llamar la posada Barberini.

—Aquí, dijo el capitán, ya estamos en nuestra casa.

—¿Cómo! dijo Zefrina ¿estamos en nuestra casa en esta infame posada? ¿Dónde está aquel